

Migrar - Textos desde afuera

Costanza Taccari / Juan Alonzo / Lucía Gutierrez Bressan
Lucía Simioni / Valentina Pedernera



TRIÁNGULO
EDITORIAL

Migrar : textos desde afuera / Constanza Taccari ... [et al.]. - 1a ed - Córdoba :
Luciana Vanesa Bedini ; Paula Gastaldi, 2024.
Libro digital, PDF - (Triángulo)

Archivo Digital: online

Migrar. Textos desde afuera © 2025 by Triángulo editorial is licensed under
CC BY-NC-ND 4.0. To view a copy of this license
visit <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>

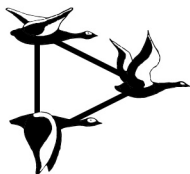
1. Crónica de Viajes. 2. Narraciones. I. Taccari, Constanza
CDD 910.4

Directora editorial: Paula Gastaldi
Director de Arte y diseño: Juan Alonzo
Ilustración: Juan Alonzo
IG: trianguloeditorial
contacto@triangulo.editorial.com
(+54) 9 3513 11-8664

CONSTANZA TACCARI / JUAN ALONZO
LUCIA GUTIÉRREZ BRESSAN / LUCIA
SIMIONI / VALENTINA PEDERNEIRA

Migrar

Textos desde afuera



TRIÁNGULO
EDITORIAL

Índice

Constanza Taccari	9
Migracione(s)	10
Movimiento	13
Vagabunda	15
Juan Alonzo	17
Un aeropuerto diferente. (Calcuta, Agosto 2015)	18
Prejuicios del norte (Los Ángeles, Octubre 2015)	20
Reflejo (Aeroparque, Buenos Aires, Marzo 2016)	22
Casa efímera (Barcelona, Noviembre 2018)	24
Lucía Gutierrez Bressan	25
Ongi Etorri	26
Memoria auditiva incorporada / Eco de mi identidad	27
Regusto, sabor que queda en la boca	29
Cuerpo / Nuevas redes / Nuevos cuerpos	31
Texto de Asier Alcedo	33
Emigrar	35
Lucía Simioni	36
Tránsito perpetuo	37
Sincericidio	40
Destemplada	41
Solicitud de amistad	43
Código de área +33	46
Haciendo embajadas	48
Valentina Pedernera	53
Migrar es como desarmarse	54
Aeropuerto de Múnich, 6 de octubre de 2021	56
Tándem con una argentina	58
El alemán: una tonada hostil y un sinfín de consonantes	62
Auf Wiedersehen, Múnich	65
Fue difícil acostumbrarse al frío	68
Proyecto triángulo	71

Prólogo

Cada migración remonta a otra migración: pero no sabemos qué sorpresa nos depara el pasado. Los textos que usted está por leer construyeron un puente: quien busca un lugar a dónde ir deja algo del otro lado /Cualquier movimiento que mira al futuro evoca al pasado/ Todo puente es un consuelo/ La escritura/ el gesto de mantener vivo lo que queda atrás. Atrás o adelante, es indiferente: *lo importante es lo que queda*, dice Coty.

La verdad está del lado de la fantasía, aunque la realidad se encargue de desmentirla, dijo Italo Calvino. Un pájaro atraviesa una puerta para mostrarle a otro pájaro que el paisaje es más grande todavía. Animarse a ver más allá, cruzar el horizonte de lo real: todavía queda vuelo. Hay quienes buscan el más grande de los panoramas: se rehúsan a pintar - y escribir - sobre lo dado, salen a descubrir algún lugar vacío de sí y lo convierten en casa. Y lo llenan. Y siguen. *Migrar no es lo mismo que viajar*, escribe Juan y se hace reflejo de sí. *Verdad*.

Los espacios están estáticos, listos para la eterna rutina de seguir sosteniendo el tiempo, pero pueden ser despertados por una mirada nueva: una estación, un tren de camino al trabajo, los edificios que vuelven a nacer cuando la curiosidad los despierta. La comida, las asambleas y los idiomas: comunicarse excede a la palabra. La intención de quien decide abrirse a lo otro: *Personas que son casa y casas que son refugios itinerantes*, dice Lucía

Gutiérrez Bressan.

Lucía trajo al libro la voz de Asier Alcedo, quien trama una poética sobre personas boomerang: *las que vienen de otra tierra y de las que, sin embargo, percibes que traen parte de ti*. Traen parte de tí, no sabemos qué, no sabemos cómo, pero se enlazan, vienen, viven, se van y vuelven. *No hay un día en que no piense en volver*, dice Lucía.

Si migrar es algo más preciso que cambiar de lugar: pongamos que migrar es mudar el yo. Un nombre que debe hacerse nombrar en otro lugar, pero te dicen: Argentina.

Ese te dicen une a cada persona que salió de Argentina para quedarse en otro lugar con cada otra persona que salió de Argentina para. Pero hasta tanto no nos acerquemos, no sabremos qué piensan exactamente sobre Argentina quienes nos nombran Argentina. ¿Es un calificativo bueno? Tampoco sabemos si el camino de bueno o malo nos lleva al precipicio.

Se podría decir algo general sobre migrar: se podrían decir números, cifras y variables. Los números explican el mundo pero no lo viven. Tampoco se puede asumir que, quien se va, siempre está pendiendo del regreso.

No creo volver, no es necesario vivir en córdoba para que córdoba esté conmigo dice Lucía Simioni. La sinceridad: un bisturí que trae aire. Escribir es hacer lugar a aquello que empuja por ser anunciado. Y también traer voces y voces y voces: acá se abrió el libro y salió a preguntar cómo lo viven otras personas que también Argentina.

Emigrar es conocer cómo ciertas palabras /viaje, familia, mudanza, casa, arraigo/ tendrán la sutileza de aparecer en el diccionario cotidiano o irrumpir de repente desde afuera. Emigrar es saber qué traen esas palabras y hasta dónde nos harán mover. ¿De regreso a la Patria? Ya dijo Lu Simioni: no necesariamente.

Escribo esto sola y estoy sola, dice Valen. Un registro: hay un momento en que surge inevitable aceptar la soledad. Pero, no toda soledad es intemperie. Una familia espera ser creada, aunque no haya linaje ni sangre sólo deseo de perdurar en el tiempo, hasta que la memoria nos separe. Se puede vivir dentro de un poema, sólo hay que tejer una poética común más allá de los idiomas.

Este es un libro al que volver cuando la memoria nos abandone.

Paula Gastaldi

Constanza Taccari

Migracione(s)

Los aeropuertos me gustan. A diferencia de lo que les sucede a muchas personas, no me generan estrés, ni ansiedad, ni paranoia. Al contrario: me siento segura en los aeropuertos. Me muevo como pez en el agua, y cuando estoy en uno de ellos despliego una insólita seguridad en mi misma, que bien me gustaría tener en otros aspectos de la vida.

Los aeropuertos me gustan. Las esperas no me desesperan. Disfruto de ese tiempo de tránsito que conecta el “desde” con el “hacia”. Sé generar un espacio propio dentro de ese paréntesis, que consigo habitar placenteramente.

Pensándolo bien, no sé si podría ser de otro modo: mi madre me enseñó desde muy pequeña a construir hogares en movimiento, nuestras propias “casas sobre ruedas”.

Mi madre: fiel compañera de aventuras, diseñadora de los mejores viajes de mi vida.

A su mano me aferré para transitar mi primer proceso migratorio.

De su mano me solté para embarcarme en el segundo.

Resignificar un acontecimiento antiguo a la luz de otro nuevo es algo que puede suceder muchas veces en una vida adulta. Las cosas que nos pasaron se encuentran con

las que nos están sucediendo, y así las primeras cobran un nuevo sentido. Puntos en nuestra historia que se unen y forman una línea que nos atraviesa.

Desde la nueva perspectiva que me aportó mi viaje a España, pude identificar los puntos de encuentro con ese otro viaje, el que hice de la mano de mi madre con mis nueve años recién cumplidos. A esa otra vivencia lejana nunca la había llamado “migración”, pero allí estaba, pujando por ser mirada con mis nuevos ojos. En aquel momento nos mudamos “tan solo de ciudad”... ¿Era eso una migración? No cambiamos de cultura ni de huso horario. No cambiamos de costumbres ni de idioma. No cambiamos ni siquiera de provincia.

Pero sí cambiamos de escenarios cotidianos. Ella: en su nuevo lugar de trabajo, repleto de caras nuevas. Yo: en otra escuela, llena de gente extraña. Ambas: en una nueva casa que debimos hacer nuestra. Nuevos espacios llenos de nada, que tuvimos que aprender a habitar. Nosotras éramos las mismas (¿lo éramos?), pero todo a nuestro alrededor tenía un color extraño... Como si esos objetos pertenecieran a otro tiempo, y estuvieran intentando adaptarse al nuevo encuadre que les estábamos dando. Y es que nuestras propias vidas habían cambiado de escenografía, pero las protagonistas de la obra seguían siendo las mismas.

Reconocí esa misma extrañeza durante mi segunda migración. Esa sensación de ser la misma, pero con otro telón de fondo. Me atravesaron los mismos miedos que en

aquella primera experiencia, que ahora debía enfrentar como adulta. Los puntos que se tocan en la historia de cada una. En la mía se estaban encontrando las dudas de la niña de nueve años con los interrogantes de la mujer de veinticinco. La angustia de la niña de nueve por no lograr construir amistades en su nuevo colegio, con el malestar de la mujer de veinticinco al no poder pensarse profesionalmente en su nuevo país. Como si aquellas experiencias de la niña de nueve fueran tan solo un ensayo para la verdadera puesta en escena que debería llevar adelante la mujer de veinticinco.

Porque el verdadero desafío radica en pensar lo que fuimos en el marco de lo que somos.

Como trasplantar un árbol que había echado raíces en un lugar, sin saber si, en ese movimiento, la vida puede asomar.

Movimiento

Hay personas que viven en constante movimiento. Soportan tormentas, incendios, inviernos. Se mudan y cambian. Mutan. Avanzan. Toman decisiones. Retroceden. Vuelven a avanzar. Barajan y dan de nuevo. Cambian de país, de idioma, de cultura. Re-piensen sus ideas, modifican sus opiniones, matizan sus perspectivas. Se mueven en el tiempo. Van y vienen. Construyen hogares, familias, amistades. Celebran llegadas y lloran despedidas. Para lo importante en general les basta con una sola valija. Escapan de las anclas, viajan ligeros. Toman impulso y saltan al vacío. Se golpean. Vuelven a volar.

Desde hace unos años, me encuentro a mí misma en ese grupo de personas, y pienso que todo eso que hacemos quienes elegimos una vida en movimiento no sería posible sin esas redes de personas que nos sostienen y nos esperan a la distancia justa, siempre listas para el rescate en caso de caída libre.

Gracias a esas redes somos capaces de volar con la seguridad de que siempre podremos volver a nuestras ciudades capitales: a nuestra gente querida, gente que espera paciente y amable, con el amor que sólo es posible en los vínculos verdaderos. Gente que no entiende de fronteras ni pide pasaportes, para quienes la única visa exigible es una mirada tierna que anuncia un “estoy de vuelta”. A esas personas no les importa si vamos o venimos,

si las cosas marchan bien o si la estamos remando. Esas personas son como un GPS que siempre indica la dirección correcta. Ellas saben ser faros que aparecen justo cuando más se necesitan, y la ruta vuelve a verse clara.

Como si, al final, todas esas cosas que parecen difíciles no fueran más que una escenografía. Como si, en verdad, lo importante estuviera siempre aguardando en el mismo lugar: con los brazos abiertos, esperando un regreso.

Porque muchas cosas pasan cuando se vive en movimiento.

pero muchas cosas quedan cuando se sabe cuidar lo verdadero.

Y porque, al final,
pase lo que pase,
lo importante es lo que queda.

Vagabunda

Anduve por la vida

a ciegas, perdida

abracé cielos

recorrí mares

esquivé tormentas

Y llegué un día

a una ciudad fría

a una lengua extraña

a una casa que no es mía

una casa

a la que siempre vuelvo

aunque siempre me estoy yendo

Y me sorprendieron por la espalda

recuerdos de un pasado

que creí haber visto partir

el día de mi huída

Y aunque añoro cada día

los sabores de mi tierra

mi acento es mi patria
mis amores son mi casa
mis ideas, mi trinchera.

A donde vaya llevo
la tranquilidad de saber
que pueden arrebatar
hasta mi última maleta
y estaré contenta
al observar mis manos libres
para aferrarme aún más fuerte
a mis sueños
y eso que hace
que para mí
la vida
esté
sucediendo.

Juan Alonzo

Un aeropuerto diferente. (*Calcuta, Agosto 2015*)

Viajábamos al país más extraño de todos. O por lo menos esa era la sensación que teníamos en el aeropuerto de Kuala Lumpur antes de tomar el avión a Calcuta, la segunda ciudad más popular de India según Lonely Planet. Clari y Sofí se habían unido al viaje en Tailandia y llevaban poco más de una semana con nosotros.

Ir a India implicó previamente tirar la moneda con mi amigo y compañero de viaje, Carlos. Él quería ir a China, mi sueño era India... la suerte cayó de mi lado.

Veníamos de un viaje de casi tres meses por el sudeste asiático. Estos meses sirvieron para tener una idea de lo diferente que es la cultura asiática a occidente, fue una especie de climatización a un mundo nuevo. Pero India era un montón, no sabíamos nada, era un mundo nuevo dentro de ese mundo nuevo que veníamos conociendo. Sentíamos mucha curiosidad, incertidumbre, nervios y un poquito de miedo.

Calcuta nos recibe de noche, tarde. Un aeropuerto todo gris, con tonos verdes, amarillos palidos en algunos detalles, vidrios semitransparentes como si estuvieses nublados por dentro. Techos altos, luces con poca luz, pasillos sin carteles.

Llegamos al mostrador donde teníamos que entregar nuestros visados. Dos indios nos recibían con

una sonrisa como si nos conocieran, como cuando alguien se alegra al ver un amigo después de un largo tiempo. Les mostramos los pasaportes argentinos, se nos quedan mirando un rato sin decir nada, luego se miran entre ellos como buscando una palabra, hasta que uno suelta la primera pregunta: ¿Maradona? Nos miramos, nos reímos. De repente en este lugar tan ajeno y tan lejano a lo que estábamos acostumbrados se nos acerca con solo nombrar a alguien tan conocido en nuestro mundo.

Era un aeropuerto diferente a todos los que veníamos conociendo, lejano y cercano a la vez, con pocos carteles y pocos controles, con menos prisa, con una recepción amigable y curiosa.

Faltaban los sellos y por fin entrábamos a India. Casi con el miedo y los nervios disipándose de un instante a otro por los altavoces del aeropuerto se escucha en inglés: “bomb alert, they have to leave the airport immediately”.

Prejuicios del norte (*Los Ángeles, Octubre 2015*)

Estoy lleno de marcas. Los aviones comerciales aterrizan, apoyan con sus ruedas todo el peso de la gente y se clavan como una puntada en una de mis arterias. Aterrizan y despegan, todos los días, a cada hora, de noche y de día. Las manchas de combustible llenan de aureolas marrones el gris asfáltico que estaba tan limpio y brillaba con el sol en las pistas de aterrizaje. Estoy un poco cansado de toda esta gente que circula por mis pasillos y mis salas. Me gustaría que se prohiba viajar por un día o dos, una semana, un mes entero. Que el cielo se limpie de aviones. Solo el año pasado recibí alrededor de 84 millones de pasajeros: ningún aeropuerto en el mundo recibió tantos. En cada estación del año encuentran un motivo para venir. Vienen de vacaciones a las playas de Santa Mónica, visitan el Parque Nacional Yosemite, vienen a todo tipo de congresos, de tecnología, de vinos, de cannabis, de cosméticos, de arquitectura. Me usan como aeropuerto de tránsito, de espera, de conexión.

Pero los que más me molestan son los que me mienten, se inventan una historia o usan sus visas de turistas para entrar y quedarse. Estos inmigrantes sin papeles nos vienen a robar, a contaminar nuestro país. Me usan a mí como la puerta de entrada. Casi siempre son los mismos, todos los días me encuentro con uno o con dos. Ahí viene uno como el de ayer, se le nota la mirada

de ilusión y de miedo a la vez. Se nota en su forma de caminar, en cómo le tiemblan las manos, en su equipaje y sus vestimenta, en su color de piel.

¿De dónde viene? ¿Cuánto tiempo se va a quedar?
¿Cuál es su trabajo, a qué dedica? ¿Qué estuvo haciendo en los últimos seis meses? ¿Por cuantos países viajo? ¿Cuál es el motivo de su visita? ¿Qué contacto tiene en San Francisco? ¿En dónde va a quedarse? ¿Es un hotel? ¿Una casa? ¿De dónde conoce a esta gente? ¿Qué relación tiene, son familiares, amigos? ¿No le parece mucho tiempo tres meses de vacaciones? ¿Con cuánto dinero cuenta para su estadía? ¿Puede demostrarlo? Enséñeme su cuenta bancaria. ¿Qué hacía en Nueva Zelanda? ¿Por qué visitó india? Se necesita mucho dinero para viajar tanto. ¿Qué interés tiene en nuestro país? ¿Por qué está nervioso? ¿Por qué le tiembla la voz? ¿Conoce las sanciones para los que se pasan ilegalmente?

Reflejo (*Aeroparque, Buenos Aires, Marzo 2016*)

El regreso a Río Ceballos después de un viaje de dos años había sido temporal: antes de volver ya tenía decidido irme, ni siquiera me permití la posibilidad a dudarlo, a pensar que a lo mejor quedarme era una posibilidad. Fue un verano feliz, como del que no tengo recuerdo. El viaje me había transformado, liberado de las miradas y opiniones de toda una vida en una ciudad pequeña. Había logrado salir del disfraz y del papel que adoptó a veces para sobrevivir a momentos, a personas y a círculos donde me siento atrapado.

Los meses pasaron muy rápido. Casi sin darme cuenta me encontraba a semanas de volver a tomar otro avión. Las últimas noches me quedaba hasta la madrugada dibujando sin parar en el living de lo que alguna vez fue mi casa. La seguridad con la que había regresado y la determinación a irme de nuevo ya no era tan clara. Esas últimas noches me encontraba sentado en la escalera, en silencio, contemplando la casa, las paredes de ladrillo visto, el globo terráqueo, el tablero de dibujo, las enciclopedias de historia, la humedad del techo, los perros desparramados en los mosaicos del piso frío. Pero, como tantas otras veces, había decidido seguir el plan y era lo que estaba bien, lo que tenía que hacer. Me convencí todas esas noches de que era lo correcto, tenía la esperanza que este nuevo viaje sea como el primero, como Nueva

Zelanda, que me sorprenda y que me siga transformando.

Llegó la última noche. Antes de subirme al avión que me llevaría primero a Santiago de Chile y luego a Perth, la única ciudad grande del oeste de Australiano, apareció el reflejo de mi cara en el vidrio del ventanal que me separaba de la pista de despegue antes de tomar el avión. Se transparentaba en el vidrio y jugaba con las luces y las sombras de la sala de espera, me miraba fijo como queriendo decir algo. Me quedé un rato largo sentado en silencio intentando comprender mi propio reflejo hasta que, por el altavoz del aeropuerto, llamaron para embarcar. Agaché la cabeza, saqué la mirada del vidrio, me puse la mochila en la que llevaba un libro de Borges, dos cuadernos de viaje, uno lleno de dibujos y otro por empezar. Me iba de nuevo, como hacía dos años empezaba otra aventura en un país lejano. En Australia me esperaba Luis, un amigo de Buenos Aires que había conocido en Nueva Zelanda meses antes y me ofrecía estadía por un par de semanas hasta que encontrara un lugar donde quedarme.

Hoy, ocho años después de esa noche en aeroparque, creo haber descifrado lo que me había querido decir mi reflejo en el vidrio de la sala de espera: migrar no es lo mismo que viajar.

Casa efímera (Barcelona, Noviembre 2018)

Desde que me fui de Argentina en el 2014, casi cinco años atrás, nunca dejé de llevar la cuenta. Es algo casi automático, inconsciente. A pesar de que hoy se cumplen dos años desde que llegué a Barcelona, todavía sigo contando los meses como si nunca hubiese sentido la sensación de vivir en un lugar sino la de seguir en viaje.

El concepto de “casa” fue cambiando durante todo este tiempo. Me acuerdo de ver un atardecer en Australia y sentir que esa era mi casa, no Australia, sino el atardecer, los atardeceres. Dejó de ser algo físico, un lugar geográfico para transformarse en momentos que duran horas o días. En mañanas de desayunos eternos. En ríos naranjas. En el viento helado de los Alpes que nos despabilaba y nos dejaba la cara roja. En personas que se quedan días o meses y desaparecen de un día para otro. En veranos de trenes y mares. En la soledad, esa con la que nos llevamos tan bien y mal. En palabras que un día nos dijeron y nunca más las quisimos soltar.

La casa mutó de todas las maneras posibles: se volvió efímera.

Lucia Gutierrez Bressan

Ongi Etorri

Partida / Desprender-se/ Des-armarme

Nos dimos vuelta, aun sabiendo que no veríamos las manos de nuestras viejas sacudirse enérgicamente para que nos llegara ese último saludo de despedida detrás del cristal traslúcido.

Ya todo era silencio y quise pensar que era por el piso alfombrado y la altura de los techos de ese pasillo. En unos carteles enormes dice Nacional / Internacional, nos encaminamos hacia los controles de aduana donde no hay ventanas y se deja de ver el sol.

Nos miramos mientras hacíamos la fila, y nos dimos un abrazo fuerte. En ese momento entendimos lo que habíamos hablado durante meses: *nadie está preparado para las despedidas*. No nos imaginábamos que iban a pasar dos años hasta volver a verlas.

Memoria auditiva incorporada / Eco de mi identidad

Ya pasó casi un año y está empezando el invierno. Sería el primero de algunos que íbamos a pasar en Bilbao. Las lluvias o el “*sirimiri*” en euskera, que significa lluvia fina y persistente, son una constante en estos meses y el cielo gris es el escenario común.

Como cada mañana me subo al tren para ir al trabajo. El traspaso de estar mojada y con frío al calor del vagón va a perdurar los veinte minutos de viaje que tengo hasta el centro. A las 7.30am todavía es de noche, pero las luces blancas y la gente charlatana hacen notar que el día empezó hace un rato. Algunos meses atrás, este intercambio genuino y gentil que caracteriza a los vascos de saludar al pasar, “*¡Egun on!*” e intercambiar algunas palabras con extraños, captaba mi atención; con el pasar de los días este estímulo se fue convirtiendo en parte de la diaria, y escuchar las *zetas* arrastradas o el cántico característico en su tonada se había incorporado a mis oídos.

Con el primer sueldo me compré unos auriculares inalámbricos: este sería mi canal de teletransportación diario a Argentina. La primera mañana que decidí llevarlos de camino al trabajo, como todos los días me senté en el mismo vagón y en el mismo asiento, abrí la cajita negra brillante y me puse estos dos adminículos que se incrustaron perfectamente en mis oídos. Al principio

me sentía un poco ridícula, pero varias personas los tenían y no le di mucha importancia. Conecté el bluetooth y puse aleatoria en la lista de música. Lo primero que suena, Viernes 3am de Serú Girán. Este ritual, se convirtió en mi pequeño oasis diario de arraigo con mi lugar en el mundo.

Regusto, sabor que queda en la boca

Según mi mamá, *tuvimos muchísima suerte*. Él consiguió trabajo ni bien llegamos a Bilbao y yo al mes siguiente. A mí me gustaba pensar que era una alianza que yo había hecho con el destino, cuando a raíz del COVID, las opciones de volver a casa no eran una posibilidad.

Todos los días a las 11.00am, acá la gente corta para el *hamaiketako* (significa “lo de las once”) es el ritual social de picar algo a media mañana, por lo general se comen un *pintxo* de tortilla o un bocata de jamón. Siempre me pareció curioso lo de comer papa entre panes. En mi caso, me imaginaba comiendo unas medias lunas o unos criollos de manteca con unos mates, pero en la realidad tocaba un tecito con unas galletas dulces parecidas a las Serranitas (a propósito: nombraré varias cosas relacionadas a Córdoba) y acompañaba el ritual de mis compañeros. Había algo potente en que sean tan puntuales, sea lo que sea sobre lo que estuviéramos trabajando, se respetaba esta pausa, era impensable un día sin *hamaiketako*, era casi contractual. Esa distensión obligada del día de trabajo, era un momento donde conversábamos mucho, yo hacía especialmente muchas preguntas sobre sus costumbres, idioma y en cada respuesta, casi sin dejarles terminar, yo acotaba algo referido a la Argentina.

El País vasco (y Bilbao especialmente) es conocido por su gastronomía. Los *pintxos*, son como las tapas

para los Catalanes y tienen una presentación de lo más llamativa, dentro de una rodaja de pan, pueden haber varios tipos de verduras, pescados y carnes con distintos tipos de cocción, fritos, a la plancha, rebozados, con salsas o alioli. Entrar a una taberna es un espectáculo de colores y presentaciones, tienen unas cajas de cristal donde se puede ver todas las distintas variedades y por sectores: los de quesos, las croquetas, las de carne y las de pescado y así al infinito según la creatividad de cada taberna. Yo solo pensaba en empanadas. Las árabes de mi mamá, un clásico de los sábados con muchísimo limón, las criollas picantes de *La Serrillana* que compraba mi papá los miércoles, las de humita con masa hojaldrada que hacía mi abuela Nilda, las salteñas de *El Maestro* de La Nuñez con la salsita picante extra. Me las imaginaba ahí expuestas de a varias en las bandejas de chapa y por sabores dentro de esas cajas de vidrio, y al mozo preguntándome ¿de cuáles te pongo? con la pinza metálica en una mano y la caja de cartón en la otra.

Cuerpo / Nuevas redes / Nuevos cuerpos

Era mi primera vez viviendo cerca del mar. *La Ría* atraviesa la ciudad partiéndola en dos, desde el puerto de Santurtzi, donde se encuentra mi casa, hasta el Mercado de la ciudad. Es la protagonista del paisaje Bilbaíno y el olor a mar le acompaña en todo su trayecto.

Una mañana de verano, decidí salir a caminar por el barrio y tan solo a unas cuadras de casa, se me presentó un anuncio que decía: *Asanblada Ortua gaur*. Levanté la mirada y más arriba se veían unas escaleras de piedra con musgo verde rodeada de unos árboles enormes. Algunos minutos después me encuentro sentada en un parque, a la sombra de una higuera, alrededor de varios jóvenes de distintas edades por dar comienzo a la Asamblea.

Asier comunicó el orden del día. Todo fue en Euskera y hablaban de a uno: podía interpretar por sus expresiones que se estaban organizando, pero no tenía claro sobre qué. Fue fascinante ser espectadora de una situación tan inusual para mí. En un momento me dirigieron las miradas y con un tono nervioso, no hice más que presentarme y contar que era una vecina al pasar y que estaba ahí por curiosidad. Al rato la asamblea se dio por finalizada y me acerqué a Asier.

-Hola, disculpa, yo soy vecina, vivo en Santurtzi, no se muy bien de qué estaban hablando porque no hablo en Euskera, pero me interesa. *Barkatu!* – me dijo Asier, este es un sitio *ocupado y autogestionado, es un Gaztetxe,*

Sastraka se llama. Estamos aquí desde el 2020 y ahora estamos reactivando las tareas que planeamos para este año, algunas que planteamos como prioridad son: activar la huerta, arreglar unas goteras que hay en la cúpula de la Iglesia y está prevista la construcción de un horno para hacer pan.

En ese momento no entendí del todo dónde estaba y lo que había pasado, sin embargo, mi atención se la llevó la construcción del horno y sin pensarlo le dije – Yo soy arquitecta, quizá con la tarea del horno y el techo puedo ayudar. Una mirada de asombro y alegría por parte de Asier, me hizo confiar que estaba en el lugar correcto. Me contactó con Alda quien sería una de las personas más motivadas que conozco y con quien tendría el placer de compartir el aprendizaje de crear un horno a leña. A partir de ese día, *Sastraka* se convirtió en un refugio muy especial para mí, porque ahí se respira aprendizaje compartido y colectivo, ahí se construye con convicción.

Asier me enseñó lo que es un *Bertsolari* o más bien quien es. Sería algo parecido a un Payador. Es una expresión de tradición vasca, de canto improvisado recitando versos que responden a un tema que se propone con distintas melodías. Algunas personas del público, son *susurradores*, se esfuerzan por traducir estos versos al castellano en voz bajita y al oído. Asistí a algunos encuentros de *bertsolaris* y presenciar esta expresión del euskera fue cautivante; pude ver el lenguaje en movimiento como expresión artística.

Conversando con Asier sobre bertosalis y migración, le propuse si quería participar en este libro con un texto.

Texto de Asier Alcedo

Badira bumeran pertsonak

Beste lurralde batetik datozenak eta hala ere zure zati bat
dakartela somatzen duzun horietakoak.

Zenbat du Argentinak Euskal Herritik?

Zenbat urdin zuri gorritik?

Faxismoaren eskuetatik

ihesian joan zirenak

Edo eskuak diruz bete zituztenak.

Pozak eta penak,

Beste gorputz batzutan, baina bueltan datoz denak.

Bumeran pertsonak, inork jaurti gabe desplazatuak.

Payadore batek errimetan hegazkin eta barkuetan

Bidaiatzen du migranteak

Nahiz eta agindu pasaporteak

Munduaren mugetan

Ezin kendurik doaz etxeko lurraren usaina zapata soletan.

Hay personas “boomerang’

*Las que vienen de otra tierra y de las que, sin embargo, percibes
que traen parte de ti.*

¿Cuánto tiene Argentina de Euskal Herria?

¿Cuánto de azul del blanco rojo?

De las que escaparon de las manos del fascismo

O los que se llenaron las manos de dinero.
Alegrías y penas,
En otros cuerpos, pero lo que se va vuelve.
Personas Boomerang desplazadas sin que nadie las lance.
En las rimas de un payador y en aviones y barcos
Viaja el migrante
A pesar de que manda el pasaporte
En los confines del mundo
No se puede quitar el olor de la tierra de casa en las suelas de
los zapatos.

Emigrar

No hay un día en que no piense en volver. A veces transito por esta idea de estar partida en dos. Mis pensamientos y mis deseos se diversifican en imágenes del pasado mezcladas con un futuro incierto y un presente del cual me apropio y adapto. Personas que son casa y casas que son refugios itinerantes. Me acompaña lo aprendido y me desapego para aprender. Observo, absorbo y escupo, me incomodo, me reafirmo. Aceptar la incertidumbre y abrazar los miedos en este tiempo, en todos los tiempos.

Lucía Simioni

Tránsito perpetuo

De chica amaba los aeropuertos. En mi cabeza sonaba el tema de Charly e imaginaba a todos esos amores reales, que iban a buscar aventuras detrás de cada puerta. Llenos de adrenalina, bombeando agitadamente. Ahora son una arteria más.

De grande, cuando pienso en un aeropuerto, vuelvo a enero del 2021 en pandemia. Exceso de equipaje, barbijo doble, pantalla plástica, abrigo y lentes. Abracé a mis papás, a mi hermano y a mi abuela. El elenco estable que tantas veces me dijo chau y ahora no sabía cuándo me iba a decir hola. Era una lástima que me fuera con un look tan poco original.

Ella está por despegar, ella se va.

Tomé el vuelo más barato posible pero también el que me llevó por tres de los cuatro hemisferios en 48hs. Poco que envidiarle a Julio Verne, o mucho. En su ficción, él partía para recorrer; en la mía, yo partía para llegar.

Era como dormir y estar despierta. Hasta tuve pesadillas reales: casi me quedo varada en Londres porque Aerolíneas Argentinas despachó mal mis valijas y no me dejaron embarcar a Barcelona. Por suerte, una española con muchas ganas de juntar buen karma me ayudó a rehacer todos mis papeles, ubicar las valijas y cambiar mi vuelo porque España ya no me dejaba entrar (hola covid, hola restricciones interactivas). Cuando me estaba

por ir, y como tributo a mi abuela, le regalé dos alfajores Terrabusi que llevaba como tesoro en la mochila.

La verdadera llegada a Francia incluyó movilizar a una red de amigos predispuestos a cambiar sus planes para recibirme. Se empezó a formar el elenco estable sede Europa.

Después de esa y otras experiencias confirmé que el aeropuerto no es sólo un lugar. Es una condena. Es el sueño del que emigra y el castigo del que emigró. Cuando dos horas son necesarias para embarcar en lugar de tenerlas para compartir una tarde. Con videollamadas y redes parece que la distancia no es tanta, que al final no vivimos tan lejos. Pero cuando cambiás un bondi por un boeing....se siente. Vos lo sentís, los demás no tanto. Es como si teletransportarse fuera común en “el primer mundo” y todos tus ahorros no estuvieran volando por el cielo.

Después volvés de paracaidista a intentar sumarte a las vidas de tus amigos, pero esos bondis, también, ya pasaron y te dejaron pagando en la parada de Plaza San Martín. No queda otra que fingir demencia, tomarte uno que tenga el recorrido parecido y hacer las últimas cuadras a pie. Cuando por fin llegás a destino todo el mundo está feliz de verte y ellos también quieren creer que tuviste un buen viaje pero ven que tus zapatillas están bastante sucias. Las aguas se dividen: algunos te regalan unas nuevas y otros te sugieren descalzarte.

Vos te cuestionás. Tanteás. Hacés una y una. Medio en patas, medio en zapas. Mucho no importa, porque en el aeropuerto te las escanean igual, porque en el aire no sirven. Estás condenada a que tus pies no toquen el suelo. Al tránsito perpetuo.

Sincericidio

Había una vez en un lugar muy lejano de Ciudad Universitaria una multitud poliforme y texturada. Gente. Ellas. Durante años la multitud fue elástica, flexible, catapultaba y seguía estando ahí cuando quien había saltado estaba lista para bajar. Rebote, y enviéon otra vez.

Ellas siguen viviendo y yo las veo como un fantasma. ¿Así se sentirán los muertos? ¿Los otros que ya no están? Cuando no te miran, no te responden; no hay invocación divina que funcione. Aunque gozan del sexto sentido eligen no usarlo, al menos no conmigo.

Me pregunto por qué eligieron matarme. Creo encontrar la respuesta: ya no tuvimos que hacer de cuenta que nos queríamos. La distancia nos liberó.

Destemplada

Se está yendo el invierno, muy marcado en donde vivo. En Córdoba no me daba cuenta de su existencia, o al menos no lo recuerdo. Julio es, en mi memoria, un mes perdido en el medio. Sólo el puente entre el principio y el final. Ahora, el invierno es un paredón. Oscuro, frío, mojado. Cuando se hace de noche a las 18, hasta el tiempo se congela.

Extraño el 21 de septiembre, tener un punto de partida, festejarlo sin vergüenza. Aunque también disfruto de la sorpresa, que pueda llegar sin fecha, sin aviso, prematura, la primavera. De golpe hay luz y colores. El atardecer dura un poco más, brillan los ladrillos de Toulouse y con el reflejo en los carteles dorados entendés por qué le dicen la Ciudad Rosa.

Los chicos salen de la escuela, una señora muy arrugada pasea a dos perros muy chiquitos. Más allá, suben y bajan en las canchas de tenis, de los juegos salen risas. Tres vueltas al parque, sentadillas y un poco de estiramiento. Música. Me recargan el sol y su efecto en los demás. Una comunidad no muy grande pero con ganas de quererse y cuidarse con un gesto amable y un pequeño *bonjour*.

Esta ciudad dormitorio, en la que nunca quise vivir, terminó por de-mostrarme que no sabía mirar tanto como creía. Ahora sé reconocer la promesa de la primavera: primero las mimosas, después las rosas más temerarias,

los cerezos, las hojas verde fresco, algún jazmín, la madreSelva y al final la glicinia. La más frágil, la más perfumada, la más linda, la que tiene mi abuela en su casa.

La verdad es que ver los Pirineos yendo al trabajo era algo con lo que no contaba. Cuando me empezó a pasar no pensé que me fuera a importar tanto. Terminó por cambiarme los días. Los buenos incluyen picos nevados y sombras blancas que aparecen a la distancia cuando la autopista se eleva lo suficiente. Los malos son los de cielo nebuloso.

Hace tres años que vivo acá, pero se sienten como seis medios años. La mente puede estar informada de que las clases empiezan en septiembre y terminan en junio. El cuerpo sigue exaltándose cada vez que el verano llega a mitad de año. Constantemente confundida sigo sorprendiéndome cuando hace frío en Navidad y calor en mi cumpleaños.

¿Cómo que nadie se pregunta si mesa afuera o mesa adentro? ¿Cómo que no hay un Papá Noel por casa con el que compartimos ADN? ¿Por qué me regalan tantas medias gruesas y ninguna bombacha rosa? Ni vitel toné ni clericó. El vino a temperatura ambiente y la *bouche* de Noel. Esa especie de postre helado, totalmente sobrevalorado, pero que atesoran como nosotros al pan dulce. Ah, el pan dulce al borde de la pileta, mientras se espera que baje la temperatura para poner la mesa. Tantas preguntas y todavía no logro descifrar si las señora pasea a los perros, o los perros a ella.

Solicitud de amistad

Argentinos en Toulouse, en París, en Francia, en Sydney, en Italia, en Barcelona, en Canadá, en Dinamarca. La única razón por la que uso Facebook a esta altura es para ver estos grupos. Nunca escribo: no tengo nada para decirles. Desde habitaciones con vista al mar por 400 *dólares* australianos a la semana, a búsquedas de empleo como mozo en Londres, pasando por la gran experiencia acumulada para tramitar la ciudadanía italiana. A esta altura son, somos, más profesionales que todos los que ponen el sello. Unidos por un objetivo: emigrar. Ya sea por un tiempo o para siempre.

Me emocionan las historias de reencuentro, lloro con las decepciones y no puedo evitar pensar en lo enorme que es el mundo y cuanta gente hay por ahí esperando que un desconocido les dé la respuesta a sus plegarias. Cuando vine tenía varias cosas resueltas y me esperaba la aventura que deseaba vivir con el chico francés de mi adolescencia.

¿Era tan obvio que así iba a ser mi vida? Era inevitable. Por muchos años estuve entrenando para esto: Un pueblito perdido de Wisconsin; el verano más caótico y divertido de mi vida en Sydney; un intercambio en Montpellier, para ver cómo me sentaba la vida acá. La primera experiencia tuvo mucho de soledad pero sobre todo, tuvo mucho amor.

Divertidas, valientes, felices, generosas, hermosas, creativas. Mis amigas de ese momento con las que ahora

comparto el destino. *Gracias papi por hacerme italiana* dice una de ellas.

Con el calor que emana la hermandad, nos vimos florecer desde lejos. Desparramadas por todo el país fuimos testigos de las mayores alegrías y de los momentos más tristes. Esas dudas existenciales de sentirnos distintas a quienes nos rodeaban inmediatamente. A ellas yo nunca tuve que explicarles nada, teníamos un contexto mucho más profundo que nos abrazaba.

Un lunes a la tarde, mientras ella trabaja y yo meriendo, por fin coincidimos en una videollamada. La ilusión de la cercanía se desvanece cuando sólo coordinar, nos lleva dos días. Nuestra charla duró 4 horas, la mitad de nuestro récord en un bar juntas. Nos queremos mucho, nos conocemos mucho, nos vimos cambiar mucho. Ahora nos da tristeza ser espectadoras y no testigos, pero no por eso dejamos de aplaudir.

Emigrar es ver cómo mis amigas más adoradas atraviesan el mundo para no perderse mi casamiento. Mi familia de siempre y mi familia más nueva, hablando a los gritos dos idiomas sin entenderse. Es el choque cultural entre las emociones a flor de piel, las lágrimas, los abrazos, los besos y los gestos silenciosos cargados de significado.

Emigrar es haber hecho viajar a los de acá también. Mi cuñado dj ahora se emociona con Piazzolla. Mi hermano músico se lució tocando sus propios temas y la colaboración fue el mejor regalo.

Emigrar es despedirme de mis abuelos cada vez que

hablo con ellos porque sé que no habrá más encuentros inesperados. Es darles un abrazo y que me dure para siempre.

Emigrar para mí también es volver, sorprenderse con las tardes y las noches. Es reabrir el diario íntimo que escribimos juntas y sentir que nunca nos sacamos el uniforme de la escuela, que nunca me fui.

Como si la distancia realmente no existiera.

Confirmo que nunca dejamos de estar cerca.

Código de área +33

La Francia real no incluye *balades* por el Sena ni pic nic semanal frente a la Tour Eiffel. Quedan fuera comer solo *croissants*, que te digan *mon amour*, y el look tradicional de *béret* con remera a rayas. El *cliché* que sí es verdad es que a partir de las 18 la gente se vuelve a casa con una *baguette* bajo el brazo, en la mochila, colgando del canasto de la bici, en el asiento del copiloto.

La *France profonde* se cuece en la periferia, en el campo, en los pueblos. Está en los mercados del domingo, en el *apéro* después de haber hecho las compras. Está en la *ratatouille* preparada para el invierno con la cosecha del verano. Se manifiesta en un partido de *pétanque* y podés saber mucho sobre alguien por cómo toma el *pastis*. Aunque el espíritu de un francés se devela, realmente, cuando te confiesen su queso favorito. Yo me quedo con la *tomme de brebis*, de las ovejas de los Pirineos.

La *France cliché* y la *France profonde* comparten cumpleaños. El 14 de julio es impactante por el despliegue nacional, todas las ciudades celebran al unísono la Revolución. Pero la verdadera revolución no se ve en París, ni Marsella, ni Lyon. Está en los pueblos como los de la región del Lot, del Tarn, con o sin Garonne.

Las *fêtes de village* son mi momento preferido del año. Una explosión caleidoscópica que llega como torbellino a todas esas poblaciones calmas. Flotando por las callecitas medievales adornadas de banderines y flores,

el aire burbujea efervescente, las copas recién servidas. Los mil habitantes se duplican frente a la expectativa de un gran show: 20 minutos de fuegos artificiales frente a la fortaleza que desde el siglo X es testigo de la alegría pagana que traen los días largos y las noches apasionadas de verano. La escena se replica innumerables veces.

Vivir en Francia es ski en invierno, raclette y luces navideñas.

Es una primavera poderosa, de brisas cálidas y flores dulces.

Es un verano de fiesta, de rosé, de río y de mar.

Es un otoño de cafés, hojas doradas y chocolatinas crujientes.

Vivir en Toulouse es todo eso y más.

Es todo eso y menos.

Menos miedo, menos inestabilidad.

Más libertad. Libertad para sentir.

Emociones, sabores, sonidos, aromas, colores, texturas.

Haciendo embajadas

No me puedo buscar ni en las estadísticas. Porque soy argentina pero acá sólo existo con el pasaporte italiano. Es más, creo que el país que me vió nacer no sabe que me fui, que hice mi vida lejos de él sin mandar ni un mensajito para avisarle que llegué bien.

En el medio del Atlántico se produce la magia y hasta ahí llega mi argentinidad. Al hacer migraciones en Francia, ya soy italiana. Mi Ello del sur y mi Superyo del norte.

Cuando me preguntan de dónde vengo, me cuesta decirlo. Cordobesa sí. Argentina, en dudas. Ni Messi, ni la Scaloneta me representan. ¡Sacrilegio! Fútbol adorado, pasión de multitudes. Fue divertido mirar la devoción con la que mis amigas seguían los partidos, casi no las reconocí. Pero pierdo el DNI cuando no me emociona la gente subida a los semáforos ni el feriado para recibir a los jugadores. El funeral de Maradona en pandemia.

No puedo evitar sentir un poco de vergüenza cuando el “país de los campeones” perdió en tantas categorías. Como graduada universitaria, no conseguía trabajo acorde; como asalariada, no podía pensar en ahorrar; como celular, mi teléfono se volvió un fijo. Me cansaron las calles sucias, rotas, oscuras, peligrosas. Me cansé de que la inflación me licuara dos veces: una en el bolsillo y otra en la energía mental que significaba ver cómo lograba todos los meses que mi plata valiera algo, alguna vez. Hoy,

conozco a una ingeniera química de la zona pampeana que trabaja empaquetando leche a la 1 de la mañana, que no sabe si en 6 meses va a tener, siquiera, eso.

A veces voy a visitar a la persona que ya no soy. Cuando volví a Pajas Blancas la primera vez, sentí que sabía cómo funcionaba el mundo. Hasta hice chistes con los otros pasajeros del avión. El controlador de Aduana estaba mucho menos sorprendido. Ninguna reacción después de dos años sin noticias. Deben estar acostumbrados, eso es lo más raro. Les debe parecer normal que seamos un poco magos: nos ausentamos de golpe y aparezcamos sin explicaciones.

No hay cifras conocidas de cuántas personas abandonaron su residencia Argentina. Se lleva la cuenta con la incorporación de argentinos a censos de otros países. Los únicos que saben dónde estoy son los tanos, país en el que nunca viví ni planeo hacerlo. Son expertos en el éxodo. Ellos registran a su gente en el aire, en el AIRE, ¿será casualidad que eligieran esas siglas tan poéticas para sus descendientes criados a base de castellano?

El abuelo de mi abuelo se fue de Nápoles con su caja de herramientas, llegó a Argentina y rumbeó directamente al centro de la pampa húmeda. El abuelo de mi abuela partió de Génova con un cuadro de su ciudad y esa es una de las pocas cosas que su descendencia sabe de él. La mamá de mi abuelo llegó de Udine a los 8 años y sólo dejó de hablar en dialecto cuando se casó con un argentino. Es sábado por la noche y hablamos por teléfono con mi abuela. Como tantas veces hizo con sus pullovers, estamos

tejiendo historias nuevas con lana vieja.

Nos preguntamos cuántas familias tendrán una historia parecida. De genes que juegan al ping pong entre dos continentes.

Como no podía quedarme con la duda, me puse a investigar. En 2020 la Dirección Nacional de Migraciones armó un sistema de declaraciones juradas con categorías no exhaustivas ni excluyentes. Opciones: estudio, mudanza, residencia, trabajo, turismo. Los resultados dicen que entre septiembre de 2020 y octubre 2021 se registró la salida de más de un millón de personas. El 60% viajó por turismo, 2.5% por estudios, 17.3% por trabajo y 21% por mudanza o residencia.

Haciendo este libro quise conocer más de las otras vidas que siguieron después de dejar Ezeiza atrás. En febrero de 2024 hice una encuesta difundida por mi perfil de Instagram y varios grupos de Whatsapp. 51 personas se tomaron el tiempo de conestarla. Conocidas y desconocidas.

En promedio llevan 30 cumpleaños festejados, hace 3 años y medio que están afuera. Son de Córdoba, Buenos Aires, Mendoza, Santa Fe, San Juan, Jujuy, Neuquén. Decidieron irse para poder viajar, por trabajo, por amor, para mejorar su calidad de vida, para vivir nuevas experiencias, por la situación económica en Argentina.

Les pregunté si por el momento sentían que sus expectativas se cumplían. Una sola persona dijo que no. Las otras 50 dijeron que sí, y que hasta las excedieron en

algunos casos. *Indescriptible. un aprendizaje constante de todo, una sensibilidad mayor por las pequeñas cosas, mucha intensidad en todo. Más difícil de lo que uno imagina también.*

La mitad trabaja de aquello que estudió, de su profesión o relacionado. La mitad trabaja de otras cosas. Están en España, Francia, Australia, Italia, Austria, Países Bajos, Brasil, Alemania, México, Costa Rica, Portugal. Lo que más les gusta de los lugares a donde están son la seguridad física y económica, las oportunidades laborales, el estilo de vida y riqueza cultural, la relación de cuidado con el medioambiente. *“La posibilidad de viajar bueno, bonito y barato. Tener un trabajo no profesional y aún así poder tener un departamento muy lindo y llegar bien a fin de mes”*

Como era de esperarse, los afectos son lo que más extrañan. Amistades, familia, mascotas. 7 personas de 53 dijeron que no les falta nada más. Entre ellas hay quienes se fueron hace un par de meses y otras que llevan más de 5 años viviendo afuera de Argentina

Pero, para la gran mayoría, la comida es algo que no pueden olvidar. Hablar el mismo idioma, compartir referencias culturales, el humor y la música son algunas de las cosas que más extrañan. El sentido de pertenencia. *“La energía cordobesa”, “Las costumbres, imagino que ir a casa de tus amigas sin avisar... Quedar es más fácil allá. Aquí la gente está muy ocupada (estamos)”*. Los planes improvisados y lo impredecible también.

“Boludeces, pero cuando extraño viaje y listo”.

“La fantasía de volver está siempre presente, uno imagina puentes para volver allí, pero sin depender de vivir de allí. No creo volver a vivir en Argentina al menos en los próximos años”.

Quizás sea por eso que la idea de volver esté tan equitativamente repartida entre quienes por ahora se quedan a vivir la experiencia, quienes no piensan volver en la próxima década y quienes sólo volverían en caso de emergencia. En los extremos hay una persona que ya tiene fecha de vuelta y otra que dijo “*jamás*”.

Imagino que en unos años veremos si este ping pong genético juega otro partido.

51 testimonios, 51 personas.

Son pocos, pero no pocas.

Gracias por confiarme sus historias. Por colaborar con este relato.

¿Y yo? Creo que no voy a volver. Pero si lo hago y no me aceptan en Argentina haré valer mis derechos de cordobesa y me refugiaré en el corazón del país. Tierra de ríos, de chistes, de música. La tierra de la peperina. Lo mejor que le pudo pasar al mate y al rock nacional. Las tres cosas que tengo en mi kit de emergencia.

Valentina Pedernera

Migrar es como desarmarse

Migrar es como desarmarse
para armarse de nuevo
Es como ese juego en el que te dicen
que te vas a una isla desierta
y solo podés llevar un par de cosas.

Armás una valija
elegís qué llevar,
qué necesitás,
qué no te puede faltar.

Llegás a un lugar desconocido
Para hacerlo conocido
Para intentar convertirlo en hogar
Para construir tu refugio
Para hacer de ese espacio un lugar seguro
Para hacerlo *tu lugar*.

Cuando me fui de Argentina
Me despedí con abrazos y lágrimas
Llena de miedos
Varios desafíos
Y una larga lista de incertidumbres.

Cuando llegué a Alemania
un atardecer majestuoso me recibía
no hubo
—sin embargo—
abrazos de bienvenida
(...)

Aeropuerto de Múnich, 6 de octubre de 2021

Hace más de 24 horas que estoy “en viaje” y finalmente llegué a destino. Es mi primera vez en Alemania. No conozco el aeropuerto ni la ciudad y el idioma todavía es un problema. Escribo esto sola y *estoy sola*, no sé exactamente cómo llegar a la que será mi casa en esta ciudad. Los medios de transportes me son extraños, no entiendo bien cómo es que funcionan. Estoy sola (sí, lo repito), yo y mis valijas. Ni siquiera tengo datos en el celular, nadie me vino a recibir. Llegué acá para hacer algo que ni siquiera sé exactamente cómo se hace. Los dilemas vuelven a aparecer: ¿qué hago acá? ¿Habré hecho bien en venir al otro lado del mundo a buscar otra frontera? Con todo y eso, acá estoy, después de muchas despedidas y algunos llantos de por medio, después de muchos adioses y llena de miedos.

Salgo afuera con mis valijas y no veo gente, tengo que ir a la ciudad. Vuelvo a darme cuenta, de modo patente, que para comunicarme acá necesito un idioma que no es el mío. Estudié alemán antes de venir, pero los carteles que veo parecen estar escritos en otro idioma. Escucho algunas conversaciones perdidas a lo lejos y ese tampoco parece el idioma que estudié.

Consigo comunicarme y emprendo mi viaje al centro de la ciudad que será mi residencia habitual. No me atrevo a usar la palabra hogar, que -para mí- es mucho más

profunda y va más allá de la simple permanencia en un lugar. Hogar es la casa de mi infancia, abuelos alrededor, ese sentimiento de seguridad asociado a la identidad y al saber que perteneces ahí, que sos de ahí, que ahí hay refugio.

Es la hora del día en la que el sol empieza a caer. Múnich me recibió con un cielo teñido de un rojo-anaranjado macizo, casi uniforme, con algunos destellos más oscuros. Ni siquiera hacía tanto frío como esperaba para esta época del año y para esta ciudad. El sol estaba muy bajo, se iba, se estaba despidiendo. Sin embargo, me quedé ahí, en ese cielo profundo y poderoso. Múnich me recibió con un atardecer acogedor e imponente -y yo, soy fanática de los atardeceres. Estoy sola, pero me siento bienvenida. Todavía no tengo idea de lo que me espera.

Tándem con una argentina

Hacer “tándem” es una de las prácticas más eficaces para afianzar el habla en un idioma extranjero. Es una práctica de intercambio de idiomas. Consiste en juntarse personal o virtualmente con una persona que quiera aprender y practicar tu idioma materno y que, a su vez, sea hablante nativo de un idioma que a vos te interese aprender y mejorar tus capacidades de habla. Es gratis y te permite hacer amigos internacionales.

Me llamo Anton, soy mitad alemán y mitad griego. Naturalmente, hablo alemán y griego como lenguas maternas. Siempre me han gustado los idiomas, creo que abren puertas y nos ayudan a ver el mundo desde diferentes perspectivas. Como soy programador, el idioma principal -además del alemán- es el inglés, pero hace un tiempo quería estudiar otro idioma que no esté relacionado con el trabajo. Hice un curso de español hace varios años, pero luego no lo continué; la universidad no me dejaba suficiente tiempo para eso. Hace dos años me fui de viaje a Colombia y desde ahí lo estudio con seriedad. Disfruto de escuchar las diferentes tonadas de españoles de España y de Latinoamérica y tengo amigos de habla hispana con los que vamos al río o salimos a caminar y siempre aprovecho para practicar. Es un idioma que -sin dudas- me gusta mucho, los argentinos dicen que “me encanta”.

Por fin conseguí una nueva compañera argentina para hacer tándem y mejorar mi español. Llegó 7 minutos tarde, pero eso todavía puede considerarse puntual para alguien que viene de Latinoamérica. Al menos me mandó un mensaje para avisarme de su demora y se disculpó. Cuando llegó se excusó en su escasa capacidad para calcular el tiempo. Me lo dijo en un español algo veloz, pero logré entender la idea. De cualquier modo, la puntualidad alemana es un gran tema para la gente latina. Dicen que somos “demasiado” puntuales, pero en realidad somos, simplemente, puntuales (y ya). Para nosotros es una virtud, para ellos una exageración. Entiendo que es algo demasiado cultural y suelo ser tolerante con eso, al fin y al cabo, la idea es que sea un encuentro distendido y sin tanto protocolo.

Nos saludamos estrechándonos la mano. Me pareció que ella atinó a darme un beso en la mejilla para saludar, pero se contuvo. Yo sé, por mis amistades latinas, que saludarse con un beso es lo más normal, pero no me sale natural. En eso también se nota nuestra diferencia cultural. Nosotros tan “distantes” y “fríos” y ellos tan “toquetones” y “cálidos”.

Nos sentamos en el café que pusimos de referencia y empezamos a charlar. Acordamos que primero hablaríamos en alemán y después en español. Su alemán es bueno teniendo en cuenta que hace poco que llegó a vivir acá. Aun así, se la nota un poco nerviosa. Empecé preguntando de qué parte de Argentina era, no quise preguntar su edad, pero es joven, no debe tener más de

30, así que somos de la misma edad. Me dijo que venía de Córdoba, una provincia en el centro de Argentina, también conocida como “La Docta” o “el corazón del país”. Ya puedo apreciar esa pasión que tienen los argentinos por su tierra. Me explicó que Córdoba no es lo mismo que Buenos Aires (la capital) y que en su provincia se caracterizan por tomar fernet y bailar cuarteto, además de las típicas cualidades de cualquier persona argentina. Pregunté por el cuarteto porque me gusta bailar, he ido a clases de salsa y bachata y me gusta la música tropical. Me explicó que era muy parecido al merengue, que también es un baile de cuatro tiempos, que se baila en pareja o con amigos, agarrados de la mano o sin hacerlo y que se suelen dar volteretas y cantar. Claro que ella no usó la palabra volteretas, pero luego de algunas adivinanzas en ambos idiomas y algunos videos desciframos que esa era la palabra correcta.

Parece simpática y me animé a preguntar algunas cosas más. Ya todo el mundo sabe que Messi es argentino y que esa es la propaganda más común de su país. Maradona también, el Papa Francisco también. Esas son las opciones más fáciles, así que las descarté. Siempre me intereso por la economía así que me aventuré a preguntar por el dólar o, mejor dicho, por los dólares y todos sus *alter egos*. Sé -por las noticias- que es un tema recurrente y que quizás no es el mejor tema para empezar una amistad, pero mi curiosidad venció la pulseada y ahí estábamos hablando de dólar oficial, dólar blue, dólar turista, dólar tarjeta y un largo etcétera. No pretendía profundizar demasiado en el sistema económico, pero no deja de sorprenderme

la cantidad de clases de dólares que hay y la inestabilidad económica de ese país. Ella, como si me leyera la mente, me dijo que sí, que es una locura, que es difícil de entender y que es “complicado”. Que en Argentina la mayoría de la gente no se sorprende por los diferentes tipos de dólares, *que -lamentablemente- estamos acostumbrados*. Creo que ella también debe estar acostumbrada a responder sobre estas cosas ante el asombro de la gente de afuera. Al final, sonrió, risueña y agregó *aun así, es un país hermoso*.

Cuando nos despedimos nos volvimos a estrechar la mano, nos abrigamos para salir al frío invierno muniqués y quedamos en coordinar para seguir practicando. Ambos estábamos de acuerdo en que es bueno tener la rutina de hacer tándem al menos una vez por semana. Creo que puede funcionar.

El alemán: una tonada hostil y un sinfín de consonantes

El alemán es la segunda lengua materna en el mundo y la primera en la Unión Europea. Proviene de la familia de las lenguas germánicas occidentales y su abecedario tiene las 26 letras de todo alfabeto latino, más las ä, ö y ü y, además, la “Eszett” (ß), o la “beta” para decirlo mal y pronto.

Se caracteriza, entre muchas otras cosas, por palabras largas y llenas de consonantes, lo que a veces hace que su pronunciación sea un poco difícil.

Me gusta decir que hablar alemán es como pertenecer a una secta, como hablar en un código secreto. Es un idioma tan distinto a todos los que -al menos en Latinoamérica- conocemos y estudiamos, que no te permite deducir significados. Suele suceder que hablantes nativos de español solemos entender casi todo cuando escuchamos una conversación en portugués o en italiano. Incluso si no la hemos estudiado nunca, ahí está la cuestión. Bueno, *eso* no pasa con el alemán.

Cuando llegué a Alemania traía conmigo más de un año de estudio del idioma, pero escuchaba a la gente hablar en alemán y no paraba de pensar *este no es el idioma que yo estudié*. Además, vivía con la frustración de empezar a hablar alemán con cualquier persona desconocida (cajera del super, encargada de un local, persona X en el subte) y que me respondieran en inglés. Sabía que

lo hacían de buena gente, porque es más fácil, pero yo quería aprender, quería finalmente poder hablar, quería escuchar y responder. Pero eso me llevó bastante tiempo, frustraciones, horas y horas de tandems y más cursos de alemán.

El aprendizaje del idioma me terminó gustando. Aunque no se parece a ningún otro y su gramática es exquisita (y exigente), hay algo que lo hace especial. Tiene palabras que no tienen un equivalente en nuestro idioma. Por ejemplo, *Feierabend*. Literalmente significa “libre-tarde” y es la palabra alemana para indicar que ha terminado la jornada laboral. En español suena aburridísimo, pero tiene un encanto especial escucharla cuando terminas de trabajar y te vas de vuelta a casa.

También es un idioma que se caracteriza por palabras larguísimas, extrañas y (otra vez) llenas de consonantes. Sin embargo, en la mayoría de los casos, las palabras superlargas son el resultado de la suma de varias palabras más cortas. Y, al fin y al cabo, eso puede ser algo bueno para quien está aprendiendo el idioma. Si conocés alguna de las palabras que forman la palabra más larga ya sabés algo del significado de la superpalabra, después hasta podés jugar a adivinar.

Otra particularidad es que todos los sustantivos se escriben con mayúscula inicial. Eso al principio me produjo un rechazo visual, después, como todo, me acostumbré. ¿La razón? Alguna vez investigué y no encontré la respuesta. En algún curso de alemán nos dijeron que había sido una idea de Lutero al traducir la

biblia, pero la cuestión es que es algo único del alemán.

Aprender alemán me terminó gustando, sí. Incluso después de descubrir que hablando en alemán yo no iba a ser *yo* en modo cordobesa, que eso era imposible, que mis chistes no tenían traducción y que miles de veces ni siquiera sonaba graciosa alguna traducción similar, que siempre somos una nueva versión de nosotros en otro idioma.

No hablo perfecto alemán ni lo aprendí a la perfección. Ese es, en sí mismo, un gran aprendizaje. No estoy ni cerca de aquella expectativa que tenía cuando llegué, de hablar fluido y perfecto a los tres meses de vivir en Múnich. Hay millones de palabras que no conozco. Hay construcciones gramaticales que me son ajenas y otras con las que me sigo equivocando cuando las quiero usar. No, no hablo perfecto alemán, pero aún así, creo que logré ingresar a la secta.

Auf Wiedersehen, Múnich

Múnich es una ciudad hermosa. Es una típica capital del centro de Europa. Es ordenada, pulcra, segura (una verdadera virtud, sobre todo para una mujer) y es muy “paqueta” (como solían decir mis abuelas).

Tiene una universidad con toda la infraestructura que cualquier “ratón de biblioteca” adoraría. Bibliotecas especializadas, grandes espacios de lectura, computadoras a disposición, catálogos de revistas académicas al alcance de la mano y bares universitarios muy acogedores. Además, tiene una gran cantidad de museos. De lo que te imagines, del arte que te guste, sea cual sea tu preferencia, seguro hay en Múnich una exposición que se adapte a tu versión más artística.

Tiene, también, espacios verdes inmensos, con superficies de pasto mullido y pomposo, senderos llenos de árboles con sombra, bancos y espacios para tirarse a leer, tomar mate, charlar con las amistades o perderse en algún caminito y disfrutar de la paz y la belleza de jardines con flores. Podés recorrer la ciudad a pie y disfrutar de la naturaleza, de paseos en calles pintorescas anchas y llenas de faroles, monumentos de mármol, iglesias, edificios modernos y antiguos. Una ciudad europea con todas las letras. Si, además, te toca un día en el que el sol brille, te puedo asegurar que Múnich te puede enamorar. Tiene todo en una misma ciudad.

Sin embargo, de aquí a un tiempo —o ahora mismo—, que Múnich ya no es mi residencia habitual, no la extrañaré por su belleza, su orden ni su seguridad. Tampoco la extrañaré por su cerveza artesanal, sus museos, sus parques y su estilizada “paquetería”.

Esta nostalgia, la que ya hace un par de meses vengo sintiendo de manera anticipada y la que todavía siento, vigente y patente, no es por Múnich ni por todas sus virtudes como ciudad y residencia.

Ciertamente, estas características son grandes bondades para una ciudad y han ayudado a sentirme a gusto ahí y a querer disfrutar siempre de todas sus atracciones. Sin embargo, son para mí, en mayor o en menor medida, contingentes. La razón de esa contingencia es simple. Yo asocio los momentos y los recuerdos con lo que me hacen sentir, con esa parte de mí que se conecta con un cierto lugar especial, una aventura, un viaje, un olor o una época. Me acuerdo de las personas, las ciudades y los encuentros por eso que han despertado en mí, por la memoria emotiva que me dejaron, por la fibra que tocaron en mi identidad o en mi historia.

En Múnich fui feliz, ni más, ni menos. Claro que también hubo cosas menos felices que me ayudaron a crecer y tuvieron cierto efecto de metamorfosis. No creo en un concepto ideal de felicidad como un todo, creo que somos felices cuando conectamos con esas pequeñas cositas que nos encienden y nos hacen sentir *a pleno*, ni más ni menos. Pero estas cuestiones conceptuales no son

relevantes, lo importante es eso, que en Múnich *he sido feliz*. Y si fui feliz en Múnich es por la fortuna del encuentro y de la conexión, por las personas que aparecieron ahí, que aparecieron y que permanecieron. La mayoría empujadas por las circunstancias y casi todas buscando lo mismo: una coincidencia de identidad, un gusto culinario que nos pueda transportar a nuestros hogares, el dato de dónde comprar yerba y dulce de leche, alguien que entienda nuestros chistes y se abraze sin tanto protocolo.

Múnich es, para mí, ese encuentro y esos abrazos. Es esa red de contención, ese idioma en común que nos reunió y nos empujó al abrazo latino que tanto necesitábamos. Múnich es la *magia* de coincidir y las ganas de estar y de permanecer, de ser familia, aunque sea del otro lado del mundo. Cualquier demostración de gratitud me sabe a poco.

Fue difícil acostumbrarse al frío

(...)

Fue difícil acostumbrarse al frío

y a la oscuridad del invierno

aprender a no resignar planes

solo por el mal tiempo.

Fue difícil saber orientarme,

no usar Google Maps,

entender el sistema de transporte alemán,

saber darle indicaciones

a alguien perdido.

Fue difícil aprender a hacer todo sola

Fue difícil y —al final— gratificante

en partes iguales.

Fue fácil,

sorprendente y verdaderamente fácil

hacer nuevas amistades.

Fue fácil porque en ellas

encontré un punto básico de encuentro

por las cosas en común

porque ahí

encontré identidad,

abrazo, hogar, refugio,
comunidad.

Contra todos los pronósticos
y desvirtuando mi previsibilidad
cuando me fui de Múnich
también hubo abrazos
y lágrimas
y miedos
y desafíos
y más incertidumbres.

También hubo abrazos
que me esperaban a la vuelta
para apoyar y sostener
para volver a darme la bienvenida
en la que siempre fue mi ciudad
y a la que debo gran parte de mi identidad.

Me fui
Volví,
Me volví a ir
Llegué,
Viví
Habité

Me fui
Llegué
Y ahora
de nuevo estoy en ese juego
de acomodar lo necesario
de encontrar el lugar
para hacer pie
para mirar alrededor y sentir algo seguro
para hacer hogar
o reinventarlo
Para mover lo que haya que mover
y hacer espacio.
Para que un lugar
sea mi lugar
a donde sea que esté situado.

Nos reunió el mate, la escritura y la lectura. La palabra que vuelve al hito de una biografía: el momento de emigrar. ¿Qué surge de volver a ese día? Una nostalgia o alegría o tristeza o todo junto o nada de eso. Una biografía que continúa y que quiere, ahora, contar desde afuera.

Un hito es real, aunque en lo inmediato sólo pueda transitarse, aunque tome tiempo nombrar.

Real es aquello que sucede y no puede anunciarse de inmediato. Real es Charly y Serú. La fantasía: no los dejaremos morir, los nombramos en este libro, los escuchamos en un tren haciendo arraigo. Siempre vivirán.

La música, la comida, la casa de la infancia, la familia que queda allá y se amplía acá: aunque no sepamos dónde es acá todavía.

Este libro es una celebración. Gracias por ser parte.